

EL
EVANGELIO
DEL
REINO DE DIOS

Prólogo

“Cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios” (Lucas 21:31).

¡Nuestro mundo necesita desesperadamente escuchar *buenas* noticias! Los titulares de los periódicos están llenos de malas noticias: las guerras que se hacen en todo el mundo, el hambre que consume a países enteros, las catástrofes del medio ambiente, los desastres naturales que dejan miles de damnificados, la pobreza absoluta que se va apoderando de ciertas naciones, el crimen y la violencia que continúan incrementándose a pesar de los esfuerzos para reducirlos. ¡La letanía de tragedias parece no tener fin!

Los accidentes y las enfermedades cobran muchas víctimas diariamente; y lo más irónico es que en las naciones tecnológicamente avanzadas, los jóvenes y adolescentes constituyen el grupo más afectado por las muertes violentas y los suicidios. Las drogas, el abuso del alcohol y la promiscuidad sexual, avanzando a un ritmo incontrolable, destruyen a su paso hogares, familias y las vidas de quienes viven en este desenfreno.

A pesar de los esfuerzos de los científicos, aparecen nuevas enfermedades que desafían todos los conocimientos médicos; y aquellas que parecían haber sido conquistadas desde hace mucho tiempo están reapareciendo con inusitada fuerza. En muchos casos, las enfermedades se han vuelto tan resistentes que los tratamientos que anteriormente eran eficaces ya no tienen valor alguno para controlarlas.

Incluso la religión, que es considerada por muchos como la fuente de la posible solución de todos sus problemas, también desempeña un

Este folleto no es para la venta.

Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida,
una Asociación Internacional, que se distribuye gratuitamente.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

El lector notará el uso del término *Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Señor*, *Yahveh*, *Yavé*, etc. En nuestras publicaciones hemos sustituido la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del gran Creador, el que “habita la eternidad” (Isaías 57:15).

papel muy importante en todo el caos que estamos viviendo. Desde tiempo inmemorial, las guerras y los conflictos armados han sido avivados por el fuego del fervor religioso; se hacen la guerra no sólo los grupos religiosos tradicionales, sino también las diferentes facciones de una misma religión, aquellos que supuestamente son devotos y seguidores del mismo Dios.

La existencia humana está en peligro

Tan sólo en este siglo, más de 150 millones de personas han muerto a causa de la guerra. Más de 100 millones han perecido por enfermedades y desastres naturales. Existe todo un arsenal de armas nucleares, químicas y biológicas que poseen la capacidad de aniquilar ejércitos, aun naciones enteras, en cuestión de segundos. Entre las autoridades y los gobernantes existe el temor de que este tipo de armamentos pudiera llegar a caer en manos de grupos terroristas que no vacilarían en usarlos para conseguir sus perversos fines.

¿Por qué vemos tanto dolor, tristeza y sufrimiento a nuestro alrededor? ¿A dónde nos conduce todo esto? ¿Por qué el mundo se encuentra en tan precaria situación? Con semejante caudal de malas noticias, ¿existe realmente alguna esperanza para la humanidad?

Hace cerca de dos mil años, Jesucristo, el Hijo mismo de Dios, vino a la tierra para anunciar que luego de un período de tremendas calamidades mundiales vendría un tiempo maravilloso. Este anuncio, denominado el *evangelio*, significa “buenas nuevas”; son las *buenas* noticias que la humanidad necesita tan desesperadamente.

¿En qué consiste realmente el evangelio —*las buenas noticias*— que Jesucristo predicó? ¿Acaso es tan sólo la maravillosa historia de su propio nacimiento, vida, actividades, muerte y resurrección? En verdad, todo esto forma parte de las increíbles noticias del plan que Dios tiene para la humanidad (Marcos 1:1), pero el verdadero evangelio abarca mucho más.

El mensaje de salvación

Lo que vamos a estudiar a continuación nos mostrará que el mensaje que Jesucristo nos trajo va mucho más allá que simplemente decirnos que su vida y muerte ocurrieron para nuestra salvación. En su mensaje, Cristo nos explica el verdadero significado de la salvación y cómo

él quiere salvar a la humanidad de todos los problemas que actualmente la agobian. El evangelio nos revela que ¡la humanidad fue creada con un propósito maravilloso!

Es triste decirlo, pero el hombre ha reducido el evangelio a una historia que hace énfasis en la *persona* de Jesucristo, pero que pasa por alto la verdadera profundidad y magnitud del MENSAJE que nos vino a traer. Lo que Jesús anunció es realmente maravilloso; ¡son las noticias más extraordinarias que este mundo enfermo y angustiado pudiera recibir!

Una parte muy significativa del Nuevo Testamento ha sido dedicada al recuento histórico del mensaje que Jesucristo enseñó mientras vivió en la tierra. Esta sección, conocida como los Evangelios, abarca los cuatro primeros libros del Nuevo Testamento: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Estos cuatro testigos oculares nos muestran que el mensaje primordial de Jesús era *el evangelio del Reino de Dios*.

Marcos nos dice: “Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; *arrepentíos*, y *creed en el evangelio*” (Marcos 1:14-15). Jesucristo exhortó a todos sus seguidores a que *se arrepintieran* y *creyeran* su mensaje acerca del venidero Reino de Dios. El propósito de este folleto es ayudarle, apreciado lector, a comprender y a creer estas maravillosas noticias que Jesucristo anunció.

Las buenas nuevas del Reino de Dios

“Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1:14-15).

Jesucristo vino como un mensajero, y el mensaje que trajo fueron las buenas noticias del Reino de Dios. Cuando leemos los escritos de Mateo, Marcos y Lucas, esto es algo que resalta claramente. En el Evangelio de Lucas encontramos las propias palabras de Jesús, quien describió su misión de esta manera: “Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios; porque *para esto he sido enviado*” (Lucas 4:43).

Marcos nos relata que al principio de su ministerio, “Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios” (Marcos 1:14).

El Evangelio de Mateo nos dice: “Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado . . . Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino . . .” (Mateo 4:17, 23).

En Lucas 8:1 encontramos la confirmación de que, efectivamente, Cristo cumplió la misión que tenía: “Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios . . .”

Desde el comienzo, el mensaje acerca del Reino de Dios fue el meollo y la esencia de las enseñanzas de Jesucristo. La expresión *Reino de Dios* se menciona más de 50 veces en los cuatro Evangelios. Sin lugar a dudas, el mensaje que Jesucristo vino a enseñar fueron las buenas noticias de este Reino.

A otros se les encomendó divulgar este mensaje

En lo que se refiere a sus discípulos, ¿qué les pidió Jesús que hicieran? “Habiendo reunido a sus doce discípulos, les dio poder y autoridad sobre todos los demonios, y para sanar enfermedades. Y los envió a predicar el reino de Dios, y a sanar a los enfermos” (Lucas 9:1-2).

Más adelante, instruyó a otros para que ellos también proclamaran este mensaje: “Después de estas cosas, designó el Señor también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir”. Les ordenó que anunciaran a la gente: “Se ha acercado a vosotros el reino de Dios” (Lucas 10:1, 9).

El tema central del ministerio de Jesús fue claramente el Reino de Dios. En el tan conocido pasaje del Sermón del Monte, Jesús encaminó a sus seguidores hacia el Reino de Dios, diciendo: “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos . . . Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mateo 5:3, 10).

Para entrar en el Reino, Jesús les dijo que era preciso que obedecieran la ley de Dios: “De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos” (vers. 19-20). También recaló la importancia de someterse a la voluntad de Dios: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21).

Cuando Jesucristo enseñó a sus discípulos a orar, les indicó que una de las peticiones más importantes debía ser: “Venga tu reino” (Mateo 6:10). También les mandó que buscaran “*primeramente* el reino de Dios y su justicia” (vers. 33). Entrar en el Reino de Dios debe ser lo más importante en nuestra vida.

Frecuentemente, él se valió de parábolas para ilustrar diferentes aspectos del Reino (Mateo 13, 20, 22, 25; Lucas 13, 19). Pocas horas antes de su crucifixión, Jesús les dijo a sus discípulos que no volvería a participar de los símbolos de la Pascua hasta que lo hiciera nuevamente “en el reino” de su Padre (Mateo 26:29). Luego, después de su muerte y resurrección, Cristo se les apareció a sus discípulos por 40

¿Cómo se llama el Reino?

Aunque la expresión “reino de Dios” aparece frecuentemente en las Escrituras, éste también se designa con otros nombres.

En sus escritos, Marcos, Lucas y Juan usaron el nombre “reino de Dios”; en cambio, la expresión “reino de los cielos” aparece sólo en el Evangelio de Mateo. En más de 30 pasajes relacionados directamente con Jesucristo, Mateo habló del “reino de los cielos”; sin embargo, hubo ocasiones en que empleó indistintamente los términos “reino de Dios” y “reino de los cielos”. Por ejemplo, en Mateo 19:23-24 aparecen ambos nombres, lo que indica claramente que son sinónimos. “El significado de las formas ‘reino de Dios’ y ‘reino de los cielos’ es idéntico . . . puesto que los judíos frecuentemente usaron la palabra ‘cielo’ como una perífrasis respetuosa del nombre divino” (*The Interpreter's Dictionary of the Bible* [“Diccionario bíblico para el intérprete”], Vol. 3, p. 17).

Como lo dijo Jesús, el cielo es donde se encuentra Dios (Mateo 5:34, 45, 48). Al usar la expresión “reino de los cielos” Mateo dejó muy claro para sus lectores que el

Reino de Dios no es una monarquía humana como los reinos de este mundo. Él sabía que el Reino habría de venir y que los seguidores de Cristo deberían orar así: “Venga tu reino” (Mateo 6:10).

Por lo general, el apóstol Pablo utilizó el término “reino de Dios”. Pero reconociendo el papel de Jesucristo como Soberano del Reino y el que hace posible nuestra entrada en él, también lo llamó “el reino de Cristo y de Dios” (Efesios 5:5). Y en Colosenses 1:13 expresó la profunda relación de amor que existe entre el Padre y Jesucristo al decir que Dios “nos ha trasladado al reino de su amado Hijo”.

De igual manera, el apóstol Pedro reconoció el papel central de Cristo en el Reino y se refirió a éste como “el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 1:11). En la actualidad, Cristo es nuestro Amo y Señor, y será el Gobernante supremo en el Reino futuro (Apocalipsis 17:14; 19:16). Por ser el Salvador de la humanidad, Jesús es la “puerta” y el “camino” por el cual podemos tener acceso a Dios y recibir la salvación en su Reino eterno (Juan 10:9; 14:6). □

días y, según podemos leer en Hechos 1:3, continuaba “hablándoles acerca del reino de Dios”.

¿Cuál fue el mensaje que predicaron los discípulos de Jesús?

Jesucristo no fue el único que predicó este mensaje. Aun antes de que él comenzara su ministerio, Juan el Bautista había exhortado a las personas para que se arrepintieran, diciéndoles: “El reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3:2).

Como hemos visto, el ministerio de Jesús giraba en torno al Reino de Dios. Luego, después de su crucifixión, los discípulos siguieron las instrucciones de Cristo y continuaron proclamando este mensaje. Naturalmente, la vida, el sacrificio y la resurrección de Jesucristo eran aspectos muy importantes del mensaje que enseñaron los apóstoles. Por ejemplo, Pedro habló de estas cosas en el sermón que predicó el día en que la Iglesia comenzó con el milagro de la venida del Espíritu Santo (Hechos 2:22-24, 36).

En su ministerio, Pedro ahondó en el tema del Reino de Dios. Por ejemplo, en 2 Pedro 1:10-11 leemos: “Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en *el reino eterno* de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”.

Nótese también que como resultado del mensaje que Felipe predicó acerca del Reino, muchas personas fueron bautizadas, según leemos en Hechos 8:12: “Cuando creyeron a Felipe, *que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo*, se bautizaban hombres y mujeres”.

El apóstol Pablo también proclamó el Reino

¿Qué podemos decir acerca de Pablo? En el libro de los Hechos encontramos que en los primeros años de su ministerio, cuando estaba estableciendo congregaciones en diferentes ciudades, él confirmaba “los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14:22). Y más tarde, en Éfeso: “Entrando Pablo en la sinagoga, habló con denuedo por espacio de tres meses, discutiendo y persuadiendo acerca del reino de Dios” (Hechos 19:8).

Acerca de su enseñanza en Corinto, Pablo la describió como referente al “reino de Dios” (1 Corintios 4:20), y en Colosenses 4:11 se refirió a sus compañeros como aquellos que le ayudaban “en el reino de Dios”. Y en los últimos días de su ministerio, cuando Pablo se hallaba bajo arresto domiciliario en Roma, recibía visitantes “a los cuales les declaraba y les testificaba el reino de Dios desde la mañana hasta la tarde”. Y es muy interesante lo que nos dice a continuación: que usaba la ley de Moisés y los profetas para predicar tanto acerca de Cristo como acerca del Reino de Dios (Hechos 28:23).

Las enseñanzas de Pablo han sido frecuentemente tergiversadas y se ha dicho que él tan sólo predicó un evangelio acerca de la vida, muerte y resurrección de Cristo. La realidad, sin embargo, es que Pablo predicó un mensaje en el que tanto Jesucristo como el Reino de Dios

¿Hay diferentes evangelios?

La Escritura se refiere al evangelio del Reino de Dios de varias maneras. Por ejemplo, encontramos las expresiones “el evangelio de Dios” y “el evangelio de Cristo” (Romanos 1:1; 15:19).

El término “evangelio de Dios” simplemente hace referencia a que el mensaje tiene su origen en Dios, quien lo envió a la tierra para que sus siervos lo anunciaran. El apóstol Pedro nos dice que Dios envió el evangelio por medio de Jesucristo, como lo podemos leer en Hechos 10:36-37: “Dios envió mensaje a los hijos de Israel, anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo; éste es Señor de todos. Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan . . .”

El evangelio de Dios son las buenas noticias que él tiene acerca de su Reino. El evangelio de Jesucristo son las mismas buenas noticias que él, como

fiel mensajero de Dios, vino a anunciar. Hay un solo mensaje cuyos diferentes aspectos componen las maravillosas noticias de lo que Dios tiene reservado para la humanidad.

De la misma forma, Pablo en algunas ocasiones hacía referencia a “mi evangelio” (Romanos 2:16; 16:25; 2 Timoteo 2:8). Esto no quiere decir que el mensaje era de Pablo ni que el evangelio era acerca de él. El mensaje que Pablo predicó lo recibió directamente de Jesucristo: “. . . el evangelio anunciado por mí [otra forma de decir ‘mi evangelio’] . . . yo ni lo recibí, ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo” (Gálatas 1:11-12). Cuando Pablo decía “mi evangelio” lo hacía en el sentido de que era él quien lo estaba proclamando. Él predicaba el mismo mensaje, cuyo autor es Dios.

En Hechos 20:24 encontramos que las buenas noticias son llamadas “el

estaban presentes. Los últimos versículos del libro de los Hechos nos lo demuestran: “Y Pablo permaneció dos años enteros . . . predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento” (Hechos 28:30-31).

Aquellos que siguieron el camino de Jesucristo enseñaron el mismo mensaje que él enseñó. El libro de los Hechos y las epístolas que los apóstoles escribieron a la Iglesia primitiva son la prueba de que ellos enseñaron acerca del Reino de Dios.

El evangelio antes de Jesucristo

Muchos creen que el primero que introdujo el tema del evangelio fue Jesucristo, durante su ministerio aquí en la tierra; sin embargo, en Apocalipsis 14:6 vemos que el evangelio es mencionado como “el

evangelio de la gracia de Dios”. Desde el principio somos llamados por gracia, justificados por gracia y salvos por gracia (Gálatas 1:6, 15; Romanos 3:24; Efesios 2:8). “El evangelio de la gracia” es simplemente otro término correcto que hace énfasis en determinado aspecto del mismo evangelio que Jesucristo predicó: Dios expresa su inmenso amor hacia la humanidad por medio de la gracia.

Este mensaje también es llamado “el evangelio de vuestra salvación” (Efesios 1:13). Esto no plantea ninguna contradicción, ya que entrar en el Reino de Dios es sinónimo de recibir la salvación. El Reino de Dios y la salvación son términos que se complementan.

En Efesios 6:15 (ver también Romanos 10:15) encontramos que se le considera como el “evangelio de la paz”. El Reino de Dios traerá paz a la humanidad, pues la paz es uno de los resultados de creer y de actuar conforme a lo que el evangelio nos enseña. En Isaías 9:7, una profecía acerca del

Reino de Dios, leemos: “Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite”.

Todos estos términos describen el mismo evangelio —las buenas nuevas del Reino de Dios— aunque hacen énfasis en diferentes aspectos de este maravilloso mensaje. Jesucristo vino predicando el evangelio del Reino de Dios (Marcos 1:14-15), les dijo a sus discípulos que continuaran predicándolo (Mateo 10:7) y después de su crucifixión, cuando se apareció a sus discípulos, volvió a hablarles del Reino de Dios (Hechos 1:3). Los discípulos continuaron predicando el mismo evangelio después de la resurrección de Cristo, pero con el nuevo entendimiento acerca del significado del sacrificio y la resurrección del Salvador. Las formas de referirnos al tema pueden variar, pero el mensaje es el mismo.

La maravillosa verdad es que este extraordinario mensaje es el mismo evangelio que nunca cambia y “es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Romanos 1:16). □

evangelio eterno”, lo que nos demuestra que existía desde mucho antes de la predicación de Cristo.

En Hebreos 3:16-19 podemos leer acerca de la incredulidad de Israel y del trágico fin de todos aquellos que no pudieron entrar en la Tierra Prometida. En Hebreos 4:2 la narración continúa: “Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva *como a ellos*”. Israel oyó el evangelio, pero falló debido a su falta de fe y su desobediencia (vers. 6).

Siglos antes, también el patriarca Abraham había oído el evangelio (Gálatas 3:8). Estos pasajes nos confirman que el evangelio había sido proclamado antes del ministerio de Cristo en la tierra.

Jesucristo nos describe cómo, a su regreso, les dará la recompensa a todos aquellos que hayan seguido fielmente el camino de vida de Dios, y al hacerlo nos revela que el Reino de Dios ha sido planeado con mucha anterioridad: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros *desde la fundación del mundo*” (Mateo 25:34).

Desde el principio, las buenas noticias del glorioso futuro de la humanidad han sido parte del plan de Dios. También desde el comienzo estaba planeado el papel que desempeñaría Jesucristo en dicho plan, incluso el sacrificio que pagaría por los pecados de la humanidad (Apocalipsis 13:8; 1 Pedro 1:18-20). Estas fueron las buenas nuevas que Abraham recibió, que por medio de un descendiente suyo, Jesucristo, todas las naciones serían bendecidas (Gálatas 3:8, 16).

Antes de Jesucristo, muy pocos entendieron

Aun antes de que Jesucristo viniera a la tierra para realizar su ministerio, los siervos de Dios predicaron acerca de su Reino. El rey David, en algunos de sus salmos, habló de la futura realidad del Reino de Dios. En Salmos 145:10-13 escribió: “Te alaben, oh Eterno, todas tus obras, y tus santos te bendigan. La gloria de tu reino digan, y hablen de tu poder, para hacer saber a los hijos de los hombres sus poderosos hechos, y la gloria de la magnificencia de su reino. Tu reino es reino de todos los siglos, y tu señorío en todas las generaciones”.

El profeta Daniel también conocía acerca del Reino de Dios y fue inspirado a escribir acerca de su futura manifestación: “Que el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán” (Daniel 7:27).

Sin embargo, a pesar de que el evangelio tuvo su comienzo con la fundación del mundo y fue proclamado a lo largo de los siglos, muy pocos lo entendieron hasta que Jesucristo y sus apóstoles empezaron a declararlo al mundo.

¿Por qué sucedió esto? Como vimos en Hebreos 3:19 y 4:2, la antigua nación de Israel no tuvo la fe necesaria para actuar de acuerdo con la voluntad de Dios. Además, las escrituras del Antiguo Testamento no aportaban todos los elementos necesarios para tener el cuadro completo; encontramos referencias aquí y allá, pero un entendimiento más completo sólo fue posible con la venida de Jesucristo, el verdadero revelador de “los misterios del reino” (Mateo 13:11).

Cuando Jesús vino a predicar el evangelio del Reino de Dios, él partió de la base de lo que su Padre había planeado originalmente y que había sido revelado por los profetas antiguos. Pero como Mensajero del Reino, él vino a revelar verdades fundamentales que nunca habían sido entendidas con base solamente en las profecías del Antiguo Testamento.

Uno de los aspectos menos comprendidos acerca del Reino, y que en realidad no fue aclarado sino con la venida de Cristo, es el hecho de que transcurrirían muchos siglos entre su primera venida como el Cordero de Dios (Juan 1:29) y su retorno como el victorioso Rey del Reino (Apocalipsis 19:11-16). En su primera venida él cumplió una parte fundamental del evangelio: su sacrificio hizo posible el perdón de nuestros pecados, la justificación y la posibilidad de entrar en el Reino de Dios. En la segunda venida establecerá ese maravilloso Reino.

De principio a fin, la Biblia proclama el Reino de Dios; y en todas las épocas los siervos de Dios han divulgado este mensaje. Resulta paradójico que, en la actualidad, el aspecto menos entendido del evangelio sea lo que más clara y ampliamente fue explicado en numerosas profecías del Antiguo Testamento: el hecho de que el Reino de Dios será un reino literal regido por el Mesías profetizado.

Muchos suponen que la asombrosa verdad de que los seguidores de Jesucristo recibirán la vida eterna en un reino eterno hace totalmente innecesaria la existencia de un reino literal sobre la tierra que gobierne seres humanos. Pero ¿qué nos dice la Biblia al respecto? Dejemos de lado cualquier idea preconcebida que podamos tener y creamos lo que la Palabra de Dios tan claramente nos enseña.

La promesa de un reino venidero

“En los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre” (Daniel 2:44).

Hemos visto que Jesucristo y los apóstoles predicaron el evangelio —las buenas nuevas— del Reino de Dios. ¿En qué consiste exactamente este Reino?

Existen muchas ideas acerca del Reino de Dios. Algunos creen que es la Iglesia; otros lo definen como un concepto etéreo que se encuentra dentro de los cristianos; y hay quienes piensan que es la bondad propia de la humanidad.

Pero ¿qué nos dice la Biblia al respecto? ¿Qué es, realmente, el Reino de Dios?

La palabra griega que a lo largo del Nuevo Testamento se traduce como “reino” es *basileia*, la cual “denota soberanía, poder regio, dominio” (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, Vol. 3, p. 340). Si examinamos cuidadosamente lo que la Biblia nos enseña, veremos que la próxima etapa del Reino de Dios será nada menos que ¡una monarquía establecida por Dios! Cuando Jesucristo vuelva a la tierra, será el Monarca y regirá sobre todas las naciones (Apocalipsis 11:15).

Un vistazo a los gobiernos humanos

En varios pasajes de la Biblia podemos encontrar esta sorprendente verdad. El profeta Daniel, inspirado por Dios, describió la sucesión de los gobiernos humanos que se presentaría durante miles de años. Esta profecía, que se encuentra en Daniel 2:28-45, describe la visión que el rey Nabucodonosor tuvo acerca de cinco imperios mundiales. Al leer estos versículos encontramos que el Reino de Dios, descrito como el quinto gobierno, es un reino *literal* que aún no ha sido establecido sobre la tierra.

Según leemos en este pasaje, Nabucodonosor había soñado con una gran imagen que tenía la forma de un hombre, con la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, las piernas de hierro y los pies compuestos de una mezcla de hierro y barro cocido. Dios le había dado a su profeta Daniel, quien servía en la corte de Nabucodonosor, la capacidad de interpretar sueños (Daniel 1:17; 2:28). Por inspiración divina, Daniel reveló que las cuatro secciones de la imagen correspondían a cuatro imperios mundiales que existirían sucesivamente. Dios, por medio de Daniel, identificó al primero de estos gobiernos, representado por la cabeza de oro, como el Imperio Babilónico (Daniel 2:38).

En Daniel 8:1-21 encontramos la identidad de los dos gobiernos siguientes. En este capítulo leemos acerca de una visión posterior que nos brinda más detalles acerca del segundo imperio y del tercero. Estos reinos aparecen con el nombre de “los reyes de Media y Persia” y “el reino de Grecia” (vers. 20-21). La historia nos comprueba que el Imperio Babilónico fue conquistado por el Imperio Persa (según leemos en Daniel 5:30-31) y que éste a su vez sucumbió ante Alejandro Magno, emperador de Grecia.

Estos cuatro gobiernos se describen nuevamente en el capítulo 7, esta vez con la apariencia de bestias. La característica opresora y dominante de cada imperio sobre sus súbditos está representada en un animal salvaje.

El cuarto imperio se describe como algo particularmente cruel. Según nos cuenta la historia, al reino de Alejandro Magno le sucedió el Imperio Romano. Este último se destaca porque desafía la autoridad de Dios y persigue a sus santos (Daniel 7:25). Tiene 10 cuernos

(vers. 7) que representan las 10 resurrecciones o manifestaciones de esta cuarta potencia mundial (vers. 24). Estas resurrecciones se han sucedido a lo largo de los siglos hasta nuestros días, y la última y final resurrección de este imperio estará en su cenit cuando Jesucristo regrese (vers. 8-14).

Dios reemplazará los gobiernos humanos

En la época de este cuarto imperio, Dios va a reemplazar los gobiernos humanos con su Reino eterno: “En los días de estos reyes *el Dios del cielo levantará un reino* que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él *permanecerá para siempre*” (Daniel 2:44). El cuarto imperio regirá hasta que Jesucristo regrese para establecer su Reino sobre la tierra.

El Reino de Dios, profetizado tantas veces en el libro de Daniel, es el mismo que Cristo anunció. La naturaleza de este Reino es evidente.

Las cuatro potencias descritas en Daniel 2,7 y 8 eran gobiernos literales que regían sobre pueblos y sobre sus tierras. Eran grandes imperios mundiales que tenían poder y dominio para gobernar y que peleaban contra otras naciones para conquistarlas. Fueron reinos *literales* y aún podemos ver sus ruinas.

De igual manera, lo que encontramos descrito en Daniel 7:27 es un reino *literal* que va a regir sobre toda la tierra: “Que el reino, y el dominio y la majestad de los reinos *debajo de todo el cielo*, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y *todos los dominios le servirán y obedecerán*”.

Las grandes potencias serán destruidas

La esencia del mensaje que Jesucristo trajo a la humanidad es que el Reino de Dios vendrá; Jesús regresará para establecerlo y él mismo será su Gobernante. En Apocalipsis 11:15 encontramos una profecía específica acerca de este acontecimiento: “El séptimo ángel tocó la

¿Ha venido ya el Reino?

Jesucristo profetizó acerca de un tiempo de gran tribulación sin precedentes en la historia de la humanidad. Esta época se caracterizaría por el engaño religioso, guerras, terremotos, hambres y epidemias, además de otras catástrofes (Lucas 21:7-28). Pero al describir todos estos eventos, afirmó que nada de esto indicaría que ya hubiera sido establecido el Reino de Dios sobre la tierra.

Jesús dijo que, después de que todo esto ocurra, los que estén vivos “verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria” (vers. 27). Dijo además: “Cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios” (vers. 31).

En otras ocasiones Cristo ya había hablado claramente acerca de este tema. ¿Cuántas veces se han repetido de memoria las palabras de lo que se conoce como el “Padre nuestro” sin que la gente se percate del significado que éstas tienen? Jesús pronunció estas palabras porque sus discípulos le pidieron que les enseñara a orar. “Vosotros, pues, oraréis así”, les contestó: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. *Venga tu reino*” (Mateo 6:9-10).

Esta instrucción no admite la posibilidad de que el Reino de Dios se haya establecido entre nosotros, sino que nos enseña que ¡debemos clamar fervientemente para que venga pronto!

Cuando Pilato estaba interrogando a Jesús antes de entregarlo para ser crucificado, éste le dijo: “Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí” (Juan 18:36). Pilato le preguntó entonces si él era rey, y Jesús le contestó: “Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad” (vers. 37).

En Hebreos 11 encontramos la descripción de la fe de los siervos de Dios a lo largo de las edades. En los versículos del 13 al 16 está el resumen de sus vidas y sus experiencias: “Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran ex-

tranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad”.

Aun el patriarca Abraham “esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (vers. 10).

Aunque los siervos de Dios en la actualidad experimentan en sus vidas un anticipo de lo que será el Reino de Dios, muchos pasajes de la Escritura nos confirman que el Reino todavía no se ha establecido en la tierra, pero que en algún momento del futuro vendrá tal como Dios lo ha prometido. □

trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: *Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos*". Jesucristo asumirá el gobierno sobre *las naciones literales de este mundo*.

El hombre se ha mostrado incapaz de resolver los problemas que le agobian y que de hecho ponen en peligro la supervivencia de la humanidad. La razón es que ha rechazado la Palabra de Dios, fuente de conocimientos y orientación que sólo el Creador nos puede proporcionar. El camino de vida que Dios revela en la Biblia es el único que puede traernos paz, armonía y verdadero bienestar. Un aspecto importantísimo del evangelio del Reino de Dios es que Dios va a establecer un gobierno mundial que sí pondrá fin a todos nuestros males. Este gobierno reemplazará todas las monarquías, democracias, dictaduras y regímenes humanos, ¡y Jesucristo mismo lo encabezará!

Este es el evangelio —las buenas noticias— que Jesucristo enseñó. El meollo del mensaje es el anuncio de un gobierno mundial que regirá todas las naciones (Lucas 21:31). El Rey de ese gobierno será Jesucristo, quien lo administrará bajo la autoridad del Dios todopoderoso; el poder ya no estará en las manos de hombres egoístas y beligerantes.

Daniel no fue el único profeta que habló acerca del reinado de Jesucristo; en Miqueas 4:1-3 también encontramos la descripción de esta maravillosa época de paz: "Acontecerá en los postreros tiempos que el monte de la casa del Eterno será establecido por cabecera de montes, y más alto que los collados, y correrán a él los pueblos. Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte del Eterno, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y andaremos por sus veredas; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Eterno. Y él juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a naciones poderosas hasta muy lejos; y martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzaré espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra".

Cuando Jesucristo establezca su gobierno, como vemos descrito en este pasaje, la humanidad por fin entenderá cuán grandes bendiciones se derivan de la obediencia a la ley de Dios y estará ansiosa por aprender este camino de vida. Jesucristo resolverá los problemas que se presenten entre las naciones y corregirá a los pueblos que no quieran aceptar su dirección y autoridad (Zacarías 14:16-19).

Profecías acerca del reinado de Jesucristo

En el conocido pasaje de Isaías 9:6-7 se describe la clase de gobernante que será Jesucristo: "El principado sobre su hombro; y se llamará

¿Está el Reino de Dios dentro de nosotros?

Son muchos los que creen que Jesucristo enseñó que el Reino de Dios existe solamente en los corazones y las mentes de las personas creyentes. Para afirmarlo, se basan en Lucas 17:20-21, tal como está traducido en algunas versiones de la Biblia. Por ejemplo, en la Nueva Biblia Española leemos: "A unos fariseos que le preguntaban cuándo iba a llegar el reinado de Dios les contestó: La llegada del reinado de Dios no está sujeta a cálculos, ni podrán decir: miralo aquí o allí; porque, miren, ¡dentro de ustedes está el reinado de Dios!"

La afirmación de que el Reino de Dios está dentro de nosotros es incorrecta por varias razones. La palabra griega *entos*, traducida como "dentro" en la Nueva Biblia Española y algunas otras versiones de la Biblia (entre ellas, la Versión Moderna y la de las Ediciones Paulinas) debería traducirse en este pasaje como "entre" o "en medio de", y de hecho se traduce así en la mayoría de las versiones de la Biblia. La versión Reina-Valera, revisión de 1960, dice correctamente: "He aquí el reino de Dios está entre vosotros" (vers. 21).

Si analizamos cuidadosamente este pasaje, veremos que Jesús no

podía estarles diciendo a los fariseos que el Reino era algo que existía dentro de ellos, pues ¡los fariseos querían destruirlo! (Mateo 12:14; Marcos 3:6). La corrupción de los fariseos se confirma también en Mateo 15:1, 7-9; Marcos 7:1, 6-7; Lucas 16:14-15 y otros pasajes).

Lo que Cristo estaba resaltando era el hecho de que los fariseos no tenían el discernimiento espiritual necesario para entender que el mensaje del Reino de Dios estaba a su alcance y que ellos podían recibirlo (Mateo 23:15-17). Además, refiriéndose a sí mismo Jesús les hizo ver que "el reino de Dios está entre vosotros" o "en medio de vosotros". Los fariseos, espiritualmente ciegos, no pudieron reconocer a Jesús como el representante divino de ese Reino.

Él no les dijo a los fariseos que el Reino de Dios era algo que estaba dentro de ellos; antes bien, les recalcó que estaban tan ciegos que no podían reconocer que él era la personificación de ese Reino.

Ni en este pasaje ni en ningún otro encontramos razones para creer que el Reino de Dios reside dentro de nosotros. □

su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre”.

El futuro reinado de Jesucristo tendrá como principales características el “juicio” y la “justicia”, algo completamente opuesto a la injusticia, impiedad, opresión e ineficacia que caracterizan a todos los gobiernos humanos. La paz florecerá en todo el mundo: en los matrimonios, las familias, las comunidades y las naciones. Como la profecía nos lo indica, bajo el reinado de Jesucristo ¡la paz no tendrá límite! El Príncipe de Paz traerá armonía y buena voluntad a un mundo que jamás ha conocido la paz verdadera.

Bajo el reinado justo y sabio de Jesucristo, la humanidad aprenderá por fin el camino de Dios y tendrá una paz maravillosa. Las instituciones educativas enseñarán a las personas no solamente cómo ganarse la vida sino también cómo vivirla de manera que puedan disfrutar de paz, armonía y felicidad. Se les explicarán ampliamente los principios bíblicos para cultivar y mantener relaciones interpersonales positivas y armoniosas: “No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque *la tierra será llena del conocimiento del Eterno*, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:9). Este maravilloso conocimiento de Dios estará disponible para incontables millones de personas que jamás han tenido

¿Es la Iglesia el Reino de Dios?

Algunas personas piensan que la Iglesia es el Reino de Dios, y aunque existe cierta relación entre ambos, no son lo mismo. Jesucristo es la Cabeza de la Iglesia (Efesios 1:22), la cual es el grupo de creyentes que Dios ha llamado para proclamar la venida del Reino.

Cristo es el Soberano de su Iglesia, de manera que ésta se encuentra

bajo su poder real. Por lo tanto, podríamos decir que la Iglesia es precursora del Reino de Dios.

La Biblia no utiliza el término *reino* como referencia directa a la Iglesia. Antes bien, lo emplea para designar el gobierno universal de Dios que será instaurado cuando Cristo venga a la tierra como Rey de reyes y Señor de señores. □

la oportunidad de recibirlo. Como resultado, a todos se les dará la oportunidad de recibir la salvación y entrar en el Reino de Dios.

El origen de los problemas de la humanidad

¿Por qué la humanidad, aun después de tantos siglos de probar diferentes clases de gobiernos y administraciones, ha sido totalmente incapaz de resolver sus problemas? La respuesta a este interrogante es que la humanidad simplemente no sabe cómo debe vivir. Por medio del profeta Jeremías, Dios nos advierte: “. . . ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos” (Jeremías 10:23).

El rey Salomón claramente nos dice: “Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte” (Proverbios 14:12; 16:25). Por generaciones la humanidad ha comprobado la penosa realidad de esta afirmación. Este mundo nunca ha conocido una época sin guerras, conflictos, dificultades y sufrimientos. Hemos llegado al punto en que tenemos la capacidad de destruir —¡varias veces!— todo vestigio de vida sobre la faz de la tierra.

¿Por qué ocurre todo esto? Por medio de sus profetas, y por espacio de muchos siglos, Dios nos ha reiterado cuál es la causa de los males que nos agobian. La supervivencia del género humano se ve amenazada *¡porque hemos rechazado a Dios!* Por inspiración divina, el rey David describió así a la humanidad: “Se han corrompido, hacen obras abominables; *no hay quien haga el bien*. El Eterno miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios. Todos se desviaron, a una se han corrompido; *no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno*” (Salmos 14:1-3).

El profeta Jeremías nos dice que el hombre ha sido cegado por el engaño de sus malvadas motivaciones e intenciones: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9).

El profeta Isaías agrega: “He aquí que no se ha acertado la mano del Eterno para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero *vuestros iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios*, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír. Porque vuestras manos están contaminadas de sangre, y vuestros dedos de iniquidad; vuestros labios pronuncian mentira, habla maldad vuestra lengua. *No hay quien clame por la justicia, ni quien juzgue*

por la verdad; confían en vanidad, y hablan vanidades; conciben maldades, y dan a luz iniquidad . . . Sus pies corren al mal, se apresuran para derramar la sangre inocente; sus pensamientos, pensamientos de iniquidad; destrucción y quebrantamiento hay en sus caminos. No conocieron camino de paz, ni hay justicia en sus caminos; sus veredas son torcidas, cualquiera que por ellas fuere, no conocerá paz” (Isaías 59:1-4, 7-8).

Los caminos de Dios son diferentes de los del hombre: “Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo el Eterno. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:8-9).

¿En qué sentido hemos sido ‘trasladados’ al Reino?

En Colosenses 1:13 encontramos que los santos físicos han sido “trasladados” al Reino. Visto de esta forma, quiere decir que los cristianos ya no encontramos en el Reino de Dios. Sin embargo, esto es imposible, porque en 1 Corintios 15:50 nos dice que “la carne y la sangre [los seres físicos] no pueden heredar el reino de Dios”.

Parte de la confusión se debe a que la voz griega *basileia* (que en este pasaje se traduce como “reino”) significa no sólo un reino literal, sino que también “denota soberanía, poder regio, dominio” (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, Vol. 3, p. 340).

Este pasaje de Colosenses nos muestra que el poder y la soberanía de Dios se ejercen en la vida del cristiano a partir del momento de su conversión. En este versículo la palabra *reino*

no se refiere al territorio sino a la autoridad, el poder y la soberanía de un rey; quiere decir que el cristiano ya no se encuentra bajo el dominio de las tinieblas (de Satanás), sino bajo la autoridad bondadosa del Hijo de Dios.

En casi todas las demás ocasiones en que la palabra *basileia* se usa en relación con el Reino de Dios, el aspecto que resalta es el poder y el dominio literales que Cristo va a tener cuando regrese a la tierra (Mateo 6:33; Apocalipsis 11:15). Los cristianos, como “herederos de Dios” que están siendo preparados para entrar en ese Reino venidero (Romanos 8:15-17; Mateo 25:34; Apocalipsis 20:4, 6), actualmente están sujetos a la soberanía y a la autoridad del Reino, aunque todavía no lo han heredado ni residen en él.

Jesucristo, Rey del futuro Reino, es el Amo y Señor de los cristianos en la

El apóstol Pablo nos describe las consecuencias inevitables de rechazar a Dios y su camino: “Como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen; estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia; quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican” (Romanos 1:28-32).

actualidad (Filipenses 2:9-11). Dios gobierna las vidas de todos aquellos cristianos convertidos que voluntariamente se someten a él y obedecen sus leyes. Ellos se sujetan a la *basileia* de Dios, es decir, a su poder y soberanía. Cada uno, individualmente, forma parte de la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, que también está gobernada por Dios. La Iglesia —ese organismo espiritual— espera y anhela el momento en que el gobierno de Dios se imponga literalmente sobre todas las naciones y su *basileia* se manifieste totalmente.

Si leemos Colosenses 1:13 dentro del contexto en que se encuentra, será más claro su significado. En el versículo 9 encontramos unas expresiones muy comúnmente usadas por Pablo y Timoteo en sus oraciones. Por ejemplo, ellos estaban muy agradecidos con Dios porque los había hecho aptos para participar de la herencia de los santos (vers. 12). Sabemos que esta herencia, la vida eterna, no puede ser recibida hasta el momento del regreso de Cristo (1 Corintios 15:50-

52; Romanos 8:17) y es por esta razón que los santos son llamados en la Biblia los “herederos” del Reino (Santiago 2:5). Colosenses 1:13 continúa con este tema y agrega que aquellos herederos que anteriormente no lo eran, habían sido “trasladados” o transferidos del poder de las tinieblas al Reino de Dios.

Nosotros, santos contemporáneos, en el momento de nuestra conversión cambiamos nuestro sistema de gobierno. Aunque el Reino de Dios no ha sido establecido literalmente, vivimos en obediencia y sometimiento a él.

En 2 Corintios 5:20 Pablo emplea la palabra *embajadores* para ayudarnos a entender nuestra condición. Un embajador es una persona que representa un reino o gobierno y reside en una nación diferente de la que representa. Nosotros, como embajadores del Reino de Dios, lo representamos viviendo de acuerdo con sus leyes y su camino de vida en la sociedad en la que nos movemos. Pero todavía no residimos en el Reino de Dios. □

Jesucristo intervendrá para salvar a la humanidad

Si se le permitiera, ¡el hombre borraría toda forma de vida de sobre la faz de la tierra! Esto es inquietante, pero es la verdad. Cristo nos dice que *tendrá que intervenir* para librarnos de nosotros mismos: “Habrá entonces una angustia tan grande, como no la ha habido desde que el mundo es mundo ni la habrá nunca más. Si no se acortaran aquellos días, nadie escaparía con vida; pero por amor a los elegidos se acortarán” (Mateo 24:21-22, Nueva Biblia Española).

Refiriéndose a los tiempos que precederán a su retorno, él afirmó: “Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria” (Mateo 24:29-30).

En Apocalipsis 19:11-16 encontramos más detalles acerca de este acontecimiento: “Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES”.

Un reinado sempiterno

Jesucristo establecerá en la tierra un gobierno literal: el Reino de Dios. Pero aquí no termina todo; veamos lo que nos dice Apocalipsis 11:15: “El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y *él reinará por los siglos de los siglos*”.

Hemos estudiado que cuando Cristo regrese, establecerá un reino literal que regirá sobre todas las naciones. Según leemos en Apocalipsis

20:3-7, su reinado va a durar mil años. Sin embargo, en el versículo que acabamos de leer se nos dice que él va a reinar “por los siglos de los siglos”. En otras palabras, el período de los mil años (comúnmente llamado el *Milenio*) es solamente el *comienzo* del gobierno eterno de Jesucristo en el Reino de Dios.

El propósito primordial del gobierno milenario de Jesucristo con los santos resucitados es el de permitir que toda la humanidad tenga la oportunidad de entrar en este Reino *eterno*. Millones de personas que estarán vivas en el momento del regreso de Cristo vivirán bajo su gobierno y serán el origen de muchas generaciones que nacerán y vivirán a lo largo del Milenio; todos ellos tendrán la oportunidad de ser transformados de seres físicos en seres espirituales y de entrar en el Reino eterno de Dios.

Jesucristo puso muy claro que el Reino de Dios es un reino *eterno*, no sólo un período de mil años. En Mateo 19:16 vemos que un joven

‘Se ha acercado’ el Reino de Dios

Cuando Jesús comenzó a anunciar el Reino de Dios, dijo: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1:15; Mateo 4:17). La palabra griega que ha sido traducida como “se ha acercado” es *engizo*, que significa acercarse a algo; no significa que ya está aquí establecido, sino que está cerca. La mayoría de las diferentes traducciones de la Biblia indican claramente en ambos pasajes que el Reino de Dios no ha llegado aún, sino que está cerca.

Lo que Jesús dijo tenía que ver con el mensaje del Reino y con el hecho de que el Rey de ese Reino estaba accesible para ellos. En este senti-

do, el Reino estaba muy cerca de ellos, aunque se demoraría algún tiempo en ser establecido literalmente como Dios se lo había revelado al profeta Daniel.

Jesucristo era la personificación del mensaje del Reino de Dios. Era el futuro gobernante, el Rey de este Reino; era su representante y por medio de él la humanidad podría entrar a formar parte del Reino.

Su mensaje exhortaba a las personas a arrepentirse, a creer las buenas noticias que él estaba proclamando y a practicar ese nuevo conocimiento para que sus vidas cambiaran y reflejaran las creencias y el compromiso que por medio del arrepentimiento habían adquirido. □

rico se acercó a Jesús y le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la *vida eterna*?” Jesús procedió a explicarle lo que debía hacer. Cuando fue evidente que el joven no estaba dispuesto a obedecerle, Jesús dijo: “. . . es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (vers. 24). O sea que en este pasaje, *entrar en el Reino de Dios se equipara con tener la vida eterna*.

Para millones de seres humanos la oportunidad de recibir la vida eterna (ser salvos) y de entrar a formar parte del Reino eterno de Dios llegará durante el reinado milenar de Jesucristo. El Milenio, un tiempo de paz, felicidad y prosperidad sin precedentes, será tan sólo un pequeño anticipo de las magníficas bendiciones que se disfrutarán por toda la eternidad.

Cielo nuevo y tierra nueva

En Apocalipsis 21:1-7 se describe otra serie de eventos que tendrá lugar después del Milenio: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de

Dios ... Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas. Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo”.

Desde la época de Adán y Eva, la humanidad no ha tenido acceso al árbol de la vida, símbolo de la vida eterna (Génesis 3:22-24). Pero en el Reino de Dios estará disponible para todos aquellos que obedezcan los mandamientos de su Creador: “¡Dichosos los que guardan sus Mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad!” (Apocalipsis 22:14, Nueva Reina-Valera).

Al entrar a formar parte del Reino de Dios, ¡seremos sus hijos inmortales, poseedores de la vida que nunca tendrá fin!

La potestad de las tinieblas

Uno de los hechos más significativos que debemos comprender es que este no es el mundo de Dios. Jesucristo lo dijo muy claramente en Juan 18:36. ¿Quién es, entonces, el verdadero regente de nuestra sociedad? Nada menos que Satanás, el gran que-rubín caído (Ezequiel 28:14-17). En Juan 12:31, Jesucristo reconoció esta realidad al decir: “El príncipe de este mundo será echado fuera”.

El apóstol Pablo describió las tinieblas espirituales que envuelven al mundo y nos dijo cuál era el origen de ellas: “Si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios

de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Corintios 4:3-4).

Aunque no podemos ver a Satanás, su dominio se extiende a todos los confines de la tierra. En su carta a los efesios, el apóstol Pablo les dijo: “Él [Dios] os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Efesios 2:1-2).

El resultado de la influencia satánica es que, antes de la conversión, “todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (vers. 3).

Bajo la influencia espiritual de Satanás, la humanidad rechaza a Dios y su ley. Como leemos en Romanos 8:7, la influencia de Satanás hace que “los designios de la carne [sean] enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden”.

Separado de Dios, el hombre escoge el camino que le parece correcto, pero los resultados son trágicos: “Hay camino que al hombre le parece dere-

cho; pero su fin es camino de muerte” (Proverbios 14:12; 16:25).

Satanás, el gran adversario de Dios, “engaña al mundo entero” (Apocalipsis 12:9), o como se nos dice en 1 Juan 5:19: “El mundo entero está bajo el maligno”. La humanidad, influida por Satanás, ha rechazado la guía y la revelación de Dios y ha construido la sociedad y las civilizaciones sobre una base falsa y errónea.

Cuando Jesucristo regrese, “los reinos del mundo [vendrán] a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11:15). El mundo de Satanás, con sus cimientos de mentira, engaño y violencia, será totalmente destruido y reemplazado con un reino de luz y verdad: ¡el Reino de Dios! □

Salvación y vida eterna en el Reino de Dios

“No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree . . .” (Romanos 1:16).

Jesucristo predicó el “evangelio del reino”, y antes de ser crucificado les dijo a sus discípulos que continuaran predicándolo. Después de su muerte y resurrección, el evangelio predicado por los apóstoles tenía un nuevo aspecto sobresaliente que antes no hubiera sido posible. Con su muerte, ¡Jesucristo había pagado la pena de todos los pecados de la humanidad! Se había convertido en el Salvador de todo aquel que reconociera el inmenso valor de ese sacrificio, se arrepintiera de sus pecados y se sometiera obedientemente a Dios.

De la misma forma en que lo habían hecho cuando Cristo estaba con ellos, los apóstoles continuaron proclamando el Reino de Dios después del día de Pentecostés. Pero ahora empezaron a explicar esta nueva dimensión: por medio del sacrificio de Jesucristo como el Salvador de la humanidad, y de su papel como nuestro Sumo Sacerdote (Hebreos 3:1; 4:14-16), podemos entrar en ese Reino y vivir eternamente.

En la actualidad algunas personas creen que los términos “evangelio del reino” y “evangelio de Cristo” se refieren a mensajes diferentes, pero no es así. El evangelio del Reino de Dios es el mensaje que Jesucristo trajo del Padre y proclamó al mundo. Y el evangelio de Cristo es el evangelio del Reino en el que se incluye el mensaje acerca de su

vida, muerte y resurrección por el bien de la humanidad, lo que ha hecho posible que todos tengamos vida eterna en ese Reino. Así, quien quiera entrar en el Reino de Dios deberá arrepentirse de sus pecados y someterse a Jesucristo como su Señor y Salvador personal.

Después de la muerte y resurrección de Jesucristo, sus apóstoles entendieron más claramente el plan que Dios está llevando a cabo; esto se hace evidente en las epístolas y otros mensajes que escribieron. Los judíos que vivieron en los días de Cristo tenían la esperanza de que el “Mesías” quitaría el yugo de los gobernadores romanos en Judea y establecería un nuevo gobierno. La palabra hebrea *Mesías* significa “ungido” y se refiere al personaje escogido especialmente por Dios como Libertador y Rey. Los discípulos de Jesús lo reconocieron como el Ungido de Dios y por eso lo llamaron *Cristo* (Mateo 16:16), palabra griega que significa “ungido” y que es el equivalente de la palabra hebrea *Mesías* (Juan 1:41; 4:25).

Un nuevo entendimiento acerca del Mesías

Al oír la frase “el evangelio de Cristo”, los judíos creyentes de la Iglesia primitiva entendían que esta frase se refería a la persona de Jesucristo e implicaba además otros elementos. Por cuanto la palabra *Cristo* equivale a *Mesías*, los apóstoles estaban hablando acerca del “evangelio del Mesías”, o sea las buenas noticias acerca del Rey del venidero Reino de Dios. Las buenas nuevas no eran solamente que Cristo había muerto por los pecados de la humanidad, sino que el Mesías había venido una vez y que retornaría para establecer y cumplir con todas las profecías acerca de su maravilloso reinado.

Para los seguidores judíos de Jesucristo no era nuevo el concepto del reinado del Mesías (Jeremías 23:5-6; Isaías 9:6-7). Según Lucas 19:11, “ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente”. Cuando Cristo se les apareció después de su resurrección, ellos le preguntaron: “Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?” (Hechos 1:6).

Lo que los discípulos no pudieron entender cuando Cristo estaba con ellos, fue que él tenía que morir primero para pagar la pena de los pecados de la humanidad y que después volvería como el Rey conquistador que ellos esperaban. Aunque Jesús se lo enseñó claramente, ellos no pudieron aceptarlo, y así lo leemos en Mateo 16:21-22: “Desde

entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y *ser muerto*, y resucitar al tercer día. Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvénirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; *en ninguna manera esto te acontezca*. No solamente no pudieron entender este aspecto de la misión de Cristo, sino que ¡hasta lo rechazaron!

Es lógico que los discípulos se hubieran quedado asombrados al ver que su dirigente fue arrestado, aquel que ellos creían que los iba a liberar de la ocupación y el gobierno romanos: “Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron” (Mateo 26:56). Cuando Jesús fue juzgado, condenado y ejecutado como si fuera un criminal, todos ellos se dispersaron, completamente confundidos y desorientados ante el inesperado giro de los acontecimientos.

Más tarde, al recibir el Espíritu Santo en el día de Pentecostés (Hechos 2:1-4), los discípulos pudieron comprender que en las Escrituras estaba profetizado que el Mesías tenía que morir y ser resucitado (Salmos 22; Isaías 52:13-53:12). El apóstol Pedro, en el primer sermón inspirado que dio a los judíos congregados en Jerusalén, les dijo que en uno de los salmos David “habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción” (Hechos 2:31; ver Salmos 16:10).

Culpabilidad personal

Al hablarles a los judíos de su época, Pedro tuvo que explicarles que la misión de Jesucristo en ese momento histórico no era convertirse en un libertador nacional. Antes bien, su sacrificio expiatorio le hacía desempeñar el papel de Salvador y Redentor personal: “A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos . . . Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien *vosotros* crucificasteis, Dios lo ha hecho Señor y Cristo” (Hechos 2:32, 36). Cuando compungidos les preguntaron: “Varones hermanos, ¿qué haremos?”, Pedro les respondió: “Arrepentíos, y bautícese *cada uno* de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:37-38). Muchísimas personas respondieron a este llamado al arrepentimiento —a un nuevo modo de vivir— y fueron bautizadas.

Pedro les hizo ver que todas las promesas referentes al Espíritu Santo y a la salvación (vers. 17-18, 21, 33, 40) eran posibles sólo mediante el sacrificio y resurrección de Jesús, el Mesías prometido (vers. 24, 30-33, 36). Estas personas que escuchaban a Pedro no estaban conscientes de que necesitaban el sacrificio de Cristo por sus *propias* faltas y pecados, y que aquel inocente que habían condenado a muerte era en realidad ese Redentor tan largamente esperado. Los apóstoles les ayudaron a entender este concepto esencial.

En el siguiente sermón, Pedro mostró claramente cómo el sacrificio de Cristo haría posible la entrada en el Reino de Dios: “Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer. Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo” (Hechos 3:18-21).

Este maravilloso mensaje motivó a miles de personas a reconocer la verdadera identidad de Jesucristo, a arrepentirse de sus pecados y a buscar primeramente el Reino de Dios y su justicia. Es un ejemplo de cómo, desde el principio, la predicación del evangelio ha hecho referencia a Cristo como el Siervo que sufrió (Isaías 52:13-53:12) y ha descrito la maravillosa esperanza de su retorno como Rey de un Reino que está por venir, cuando todas las cosas serán restauradas (Hechos 3:18-21).

¿Hacia dónde nos conduce el sacrificio de Cristo?

El apóstol Pablo comprendió claramente la gran importancia del sacrificio de Cristo y hacia dónde nos conduce. En su primera carta a los corintios, él describió así el mensaje que enseñaba: “Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (1 Corintios 15:1-4).

¡Qué buena noticia es saber que Jesucristo sacrificó su vida en lugar nuestro! ¡Qué noticia tan maravillosa es comprender que él pagó la pena de muerte que pesaba sobre nosotros!

Pero la descripción que Pablo hace del evangelio no termina aquí. Después de explicar la trascendencia del papel de Jesucristo en nuestra salvación personal, continuó explicando la razón por la cual su resurrección es tan importante para toda la humanidad: “Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres. Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; *primicias* de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (vers. 19-22).

Todos seremos resucitados

Pablo nos dice que *todos* los seres humanos serán vivificados (es decir, volverán a la vida) y nos muestra que esto se llevará a cabo por etapas: “Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; *luego los que son de Cristo, en su venida*. Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia” (1 Corintios 15:23-24).

Anteriormente estudiamos cómo Jesucristo será el Rey de este Reino venidero; pero antes de que él asuma el poder y empiece a gobernar, ¡ocurrirá la resurrección de “los que son de Cristo, en su venida”!

En todo este capítulo el apóstol explica claramente este maravilloso aspecto del evangelio. En los versículos 50-53 nos dice cómo podemos entrar en el Reino de Dios: “Esto digo, hermanos: que *la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios*, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. *Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad*”.

El propósito asombroso e inspirador por el cual Jesucristo nació, vivió, murió y resucitó fue el de permitir que muchísimos seres humanos pudieran resucitar a la vida eterna para “heredar el reino de Dios” (vers.

50). Los seguidores de Cristo “heredarán” o entrarán en el Reino de Dios al sonido de “la final trompeta” (vers. 52), el gran estruendo que señalará el regreso de Jesucristo para reinar sobre la tierra para siempre (Mateo 24:30-31; Apocalipsis 11:15).

La vida eterna en el Reino de Dios es posible únicamente por medio de Jesucristo, “el cual quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Timoteo 1:10).

Jesucristo, como nuestro Hermano mayor y “el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12:2), abrió paso en el camino que lleva hacia el Reino de Dios. Incluso venció la muerte, enemigo mortal de todos nosotros, por medio de la resurrección. Su ejemplo nos anima a seguir adelante y perseverar hasta el fin, para poder ser salvos (Mateo 24:13).

¡Esforcémonos, pues, por obedecer fielmente el verdadero evangelio, el cual “es poder de Dios para salvación”!

¿Cómo podemos entrar en el Reino de Dios?

“Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33).

Un aspecto fundamental e importantísimo del evangelio es la salvación mediante la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Él murió, fue sepultado y resucitó para que nosotros pudiéramos recibir el perdón de los pecados y tener vida eterna en el Reino de Dios (Juan 3:16).

Muy pocos entienden este maravilloso aspecto del evangelio: el hecho de que podamos formar parte del Reino de Dios, lo cual es sinónimo de salvación. No podemos entender en qué consiste la salvación si no entendemos esta parte del evangelio. ¿Desea usted saber cómo puede entrar en el Reino de Dios y obtener la salvación de la que nos habla la Biblia?

¡Formar parte de la familia de Dios!

¿Qué implicará realmente la salvación —la vida eterna en el Reino de Dios— para todos aquellos que la reciban? Hemos visto que la salvación consiste en la transformación de un ser humano, frágil y mortal, en un hijo inmortal de Dios. Veamos ahora cómo lo expresa la Epístola a los Hebreos: “Al conducir muchos hijos a la gloria, convenía que Dios, para quien y por medio de quien todo existe, perfeccionara

mediante el sufrimiento al autor de la salvación de ellos. Tanto el que santifica como los que son santificados *son de la misma familia*. Por eso no se avergüenza Jesucristo de llamarlos hermanos” (Hebreos 2:10-11, Nueva Versión Internacional).

¿Se había dado usted cuenta de esto? Aquellos que entren en el Reino de Dios serán todos “hermanos”, ¡serán todos hijos de Dios! Como miembros de *la familia de Dios*, serán seres espirituales que vivirán eternamente (1 Corintios 15:42-44). ¡Esto es la salvación! “Por eso no se avergüenza Jesucristo de llamarlos hermanos, al decir: ‘Anunciaré tu nombre [el del Padre] a mis hermanos; en medio de la congregación te contaré alabanzas’ . . . Y añade: ‘Aquí estoy, con los hijos que Dios me ha dado’” (Hebreos 2:11-13, Nueva Versión Internacional).

El hecho de que Jesús no se avergüenza de llamarlos hermanos nos muestra cuán íntima es esta relación familiar. Aquellos que entren en el Reino de Dios compartirán la naturaleza de Dios (2 Pedro 1:4) por toda la eternidad.

Dios hará totalmente semejantes a Jesucristo a quienes entren en su Reino. El apóstol Juan nos lo dice de una manera muy explícita: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios . . . Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero *sabemos que cuando él se manifestó, seremos semejantes a él*, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:1-2).

Todos los seres humanos que entren en el Reino de Dios serán transformados en espíritu; tendrán el tremendo honor de ser semejantes a Jesucristo resucitado y glorificado: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que *somos hijos de Dios*. Y si hijos, también herederos; *herederos de Dios y coherederos con Cristo*, si es que padecemos juntamente con él, *para que juntamente con él seamos glorificados*” (Romanos 8:16-17)

¡Este es el asombroso potencial de todos aquellos que recibirán la vida eterna como miembros de la familia que Dios está creando!

La herencia de los santos

Los santos recibirán la herencia, comúnmente llamada “salvación”, en el momento de la resurrección de los muertos (1 Corintios 15:50-52). Esto ocurrirá cuando suene la última trompeta y Jesucristo

regrese con poder y gran gloria; en ese entonces “los reinos del mundo [vendrán] a ser de nuestro Señor y de su Cristo” (Apocalipsis 11:15). Todos aquellos que sean transformados en seres inmortales formarán parte del Reino de Dios y colaborarán en el reinado de mil años de Jesucristo (Apocalipsis 20:4).

En el evangelio del Reino de Dios se nos revela que Jesucristo, junto con los santos resucitados, establecerá su gobierno en la tierra para que todos los seres humanos tengan la oportunidad de recibir la vida eterna. Dios desea que todos vengan a formar parte de su Reino, pero cada uno a su debido tiempo (2 Pedro 3:9; 1 Corintios 15:20-26).

El evangelio nos enseña que cuando Jesucristo venga a establecer el Reino de Dios, los santos —aquellos siervos fieles de Jesucristo que serán resucitados a su regreso— gobernarán con él (Apocalipsis 5:10). Como nos dicen las profecías de Isaías, Cristo comenzará su reinado ayudando a aquellas personas que estén vivas en ese tiempo, enseñándoles los caminos de Dios. El proceso de sanar las naciones, tanto física como espiritualmente, lo llevarán a cabo Jesucristo y sus santos (Isaías 30:20-21; 35:1, 5-6).

Los siervos fieles de Cristo serán transformados en espíritu y vivirán por siempre (1 Tesalonicenses 4:14-17; 1 Corintios 15:42-44; 50-54). La increíble promesa que Dios les hace es esta: “El que venciere *heredará todas las cosas*, y yo seré su Dios, y *él será mi hijo*” (Apocalipsis 21:7). ¿Cuál es esa herencia? En Hebreos 2:6-8 leemos que nuestro asombroso potencial es que, como hijos glorificados de Dios, tomaremos parte en el gobierno de “todas las cosas”, es decir ¡el universo entero! Seremos reyes y sacerdotes en el Reino de Dios (Apocalipsis 1:6).

Debemos actuar

Cristo quiere que al entender el evangelio del Reino de Dios nos arrepintamos y creamos las buenas nuevas (Marcos 1:14-15).

El Reino de Dios es algo en el cual debemos *entrar* (Marcos 10:23-25), y el primer paso es arrepentirnos y creer en el evangelio. Por medio de Jesucristo podemos buscar el perdón y la reconciliación con Dios para empezar a vivir de acuerdo con las leyes de su Reino tal como Cristo las enseñó. Todos aquellos que se rehúsen a vivir de acuerdo con los caminos de Dios no podrán entrar en su Reino ni recibirán la vida eterna (1 Corintios 6:9-10; Gálatas 5:19-21; Efesios 5:5).

En Mateo 5:20; 19:23-25; Marcos 9:47; Lucas 18:17 y Juan 3:5 Jesucristo nos advierte acerca de los obstáculos que nos pueden impedir la entrada en su Reino. Si queremos entrar en él, es necesario que nos arrepintamos sinceramente, seamos bautizados y recibamos el Espíritu de Dios. Es necesario también que nuestra actitud sea correcta: la actitud humilde y dócil de un niño (Mateo 18:3; Juan 3:3, 5; Hechos 2:38).

(Si desea mayor información acerca del arrepentimiento, el bautismo y otros temas relacionados con la conversión cristiana, nos permitimos ofrecerle el folleto titulado *El camino hacia la vida eterna*. Es una publicación que le explicará, con base en las Escrituras, los pasos necesarios para que usted pueda entrar en el Reino de Dios. Se la enviaremos *gratuitamente* al recibir su solicitud.)

Sin importar las dificultades y los obstáculos que se nos puedan presentar, lo más importante para nosotros debe ser buscar el Reino de Dios. Como lo expresó el apóstol Pablo: “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14:22). Si nos esforzamos por mantener el Reino de Dios como nuestra meta principal, podremos vencer todas estas dificultades (Mateo 6:33). Cristo nos exhorta a que oremos por que venga pronto el Reino (vers. 10).

Si nuestras vidas están dedicadas a buscar el Reino de Dios, nuestra actitud será semejante a la de los patriarcas mencionados en Hebreos 11. Notemos especialmente las inspiradoras palabras acerca del propósito que ellos tenían para vivir: “Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra . . . por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad” (vers. 13, 16). Los patriarcas anhelaban y buscaban el Reino de Dios y por eso se consideraban “extranjeros y peregrinos” sobre la tierra. Sus vidas estaban dedicadas a ese Reino, no a la vida material y física.

El mapa que nos conduce al Reino

Cuando entendemos el significado de las siete fiestas de Dios, podemos tener una mayor comprensión acerca de su Reino venidero. Muchas personas consideran estas observancias como simples tradiciones judías, pero en Levítico 23:2, 4 se nos dice que son “las fiestas solemnes *del Eterno*”. Él las estableció con el propósito de ayudarnos

a comprender el papel que Cristo desempeña en nuestra salvación y de enseñarnos cómo el Reino de Dios será establecido sobre la tierra.

El apóstol Pablo se refirió a estos festivales como “sombra de lo que ha de venir” (Colosenses 2:16-17). Él y la Iglesia primitiva los guardaron porque así se mantenían conscientes del plan de Dios, que culminará en el establecimiento de su Reino. Aunque muchos los criticaron por la manera de guardar las fiestas de Dios, Pablo y los cristianos de Colosas entendieron muy bien la relación que existía entre el significado de estas fiestas y el mensaje del evangelio.

Si entendemos el significado de estas santas convocaciones, podremos entender el maravilloso mensaje que Jesucristo enseñó: el plan que Dios tiene para que los seres humanos entren en su Reino y tengan vida eterna. (Si a usted le interesa saber más acerca de estas fiestas, por favor escribanos solicitando los folletos titulados *Nuestro asombroso potencial humano* y *¿Cuál es el día de reposo cristiano?*)

Dios está revelando esta maravillosa verdad a todos aquellos que está llamando ahora (Juan 6:44). Jesucristo dijo que este mensaje sería predicado en todo el mundo antes de su segunda venida: “Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mateo 24:14). La Iglesia de Dios Unida está dedicada a la proclamación de este mensaje; y a todos aquellos que tienen la oportunidad de recibirlo, los exhorta para que crean el evangelio y empiecen a vivir en conformidad con él.

(Con el deseo de ayudar a quienes están buscando realmente el Reino de Dios, les ofrecemos —completamente *gratis*— la revista *Las Buenas Noticias*. Como su nombre lo indica, *Las Buenas Noticias* está dedicada al mensaje que Jesús proclamó. Cada número de la revista contiene artículos que explican las enseñanzas de Jesús acerca del Reino de Dios y de la forma en que nosotros podemos entrar en él. Para obtener una suscripción gratuita, sólo tiene que solicitarla a cualquiera de las direcciones que aparecen al final de este folleto.)

Muy acertadamente, al mensaje que Jesús trajo del Padre se le llama las buenas noticias —el evangelio— del Reino de Dios. De hecho, son las mejores noticias jamás imaginadas por la humanidad. Jesucristo nos exhorta a que creamos esas buenas noticias y a que busquemos primeramente el Reino de su Padre (Mateo 6:33). Si así lo hacemos, Dios se complacerá en darnos el Reino (Lucas 12:32). □

Si desea más información

Este folleto es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, una *Asociación Internacional*. La Iglesia tiene ministros y congregaciones en México, Centro y Sudamérica, Europa, Asia, África, Australia, Canadá, el Caribe y los Estados Unidos.

Los orígenes de nuestra labor se remontan a la Iglesia que fundó Jesucristo en el siglo primero y seguimos las mismas doctrinas y prácticas de esa Iglesia. Nuestra comisión es proclamar el evangelio del Reino venidero de Dios en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo mandó (Mateo 24:14; 28:18-20).

Consultas personales

Jesús les mandó a sus seguidores que apacentaran sus ovejas (Juan 21:15-17). En cumplimiento de esta comisión, la Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones en muchos países, donde los creyentes se reúnen para recibir instrucción basada en las Sagradas Escrituras y para disfrutar del compañerismo cristiano. La Iglesia de Dios Unida se esfuerza por comprender y practicar fielmente el cristianismo tal como se revela en la Palabra de Dios, y nuestro deseo es dar a conocer el camino de Dios a quienes sinceramente buscan obedecer y seguir a Jesucristo.

Si usted desea hacer una consulta, bien sea sobre algún pasaje bíblico o sobre la vida cristiana, tendremos mucho gusto en responderle. Además, si tiene interés en asistir a los servicios religiosos de la Iglesia de Dios Unida, será bienvenido.

Puede dirigir su correspondencia a cualquiera de nuestras direcciones. Nos dará mucho gusto servirle en todo lo que esté a nuestro alcance.

Absolutamente gratis

La Iglesia de Dios Unida ofrece todas sus publicaciones *gratuitamente*. No solicitamos donativos al público; sin embargo, aceptamos con gratitud el apoyo de personas que quieren compartir este mensaje de esperanza con otros. Estamos profundamente agradecidos por los diezmos y ofrendas de los miembros de la Iglesia y de otros colaboradores que voluntariamente respaldan nuestra labor.

En el Internet

Si usted tiene computador personal y tiene acceso al Internet, puede recibir información general, publicaciones, noticias sobre la Iglesia de Dios Unida y otros datos de interés en varios idiomas.

Nuestra dirección electrónica es: <http://www.ucg.org/>.

Autor: David Treybig. **Colaboradores:** Scott Ashley, Bill Bradford, Roger Foster, David Lloyd. **Revisores:** John Bald, Robert Boraker, Jonathan Bowles, Jim Franks, Bruce Gore, David Hulme, Paul Kieffer, Burk McNair, Rod McQueen, John Meakin, Peter Nathan, Brian Orchard, John R. Schroeder, Richard Thompson, Leon Walker, Donald Ward, Lyle Welty, Dean Wilson.

Edición española: Lilia Granados Sainoz, María Mercedes de Hernández, Bernabé Monsalvo, Dionisio R. Velasco, Donald Walls

Imagen de la cubierta: Trey Cartwright

Direcciones

ARGENTINA

Casilla 20, Sucursal 2
8000 Bahía Blanca, B.A.

BOLIVIA

Casilla 8193
Correo Central
La Paz

COLOMBIA

Apartado Aéreo 91727
Bogotá, D.C.

CHILE

Casilla 10384
Santiago

EL SALVADOR

Apartado Postal 2499
01101 San Salvador

ESTADOS UNIDOS

P.O. Box 458
Big Sandy, TX 75755-0458

GUATEMALA

Apartado Postal 1064
01901 Guatemala

MÉXICO

Apartado Postal 92-125
08501 México, D.F.

PERÚ

Apartado 18-0766
Lima

INTERNET

<http://www.ucg.org/>